



El Muchacho con Suerte

Cuentan que hace ya mucho tiempo hubo una vez un chaval que, tras haber servido siete años a su señor, le pidió su salario para despedirse y volver al lado de su madre. Su señor, complacido, le dio un pedazo de oro tan grande como su cabeza.

El oro pesa mucho y el muchacho se lo echó al hombro y empezó a caminar. Se encontró a un hombre a caballo y se puso a pensar en voz alta qué bien iría él a caballo en vez de ir cargado con el oro. El jinete le oyó y le propuso un trueque. El muchacho le dio el oro y se montó en el caballo, agradecido.

Al poco de cabalgar el caballo se encabritó y tiró al inexperto jinete al suelo. Pasaba por allí un aldeano con una vaca y se estableció el mismo diálogo anterior. El chaval, sin pensárselo dos veces, cambió el caballo por la vaca.

Cuando el muchacho tuvo sed quiso ordeñar la vaca, pero ésta le dio una coz y lo dejó sin sentido un buen rato. Así lo encontró un carnicero que llevaba un cerdo al matadero. Éste le explicó que esa vaca era demasiado vieja para dar leche, mientras que el cerdo le podía proporcionar salchichas excelentes para todo un año. Trato hecho, y adelante con el cerdo.

Por fin llegó el muchacho al último pueblo del camino. Allí vio a un afilador que cantaba muy alegre mientras trabajaba. El muchacho pudo comprobar lo feliz que era. Cuando el afilador le dijo que su oficio traía la felicidad, le cedió el cerdo a cambio de dos piedras de afilar.

Siguió el camino, sintió sed y se arrodilló al lado del arroyo para beber. Al hacerlo e inclinarse, se le cayeron las piedras del bolsillo y se perdieron en el agua. El muchacho sintió tal alegría al verse desembarazado del último obstáculo que exclamó con sinceridad espontánea y verdadera: *“¡Soy el hombre más feliz del mundo!”*.



A veces para sentirnos mejor y ser más felices no hace falta conseguir cosas, sino disfrutar de uno mismo en libertad.

¡¡SÍ, TÚ TAMBIÉN PUEDES!!!

